

Una Biblia para el humanismo

Natalio Fernández Marcos

La Biblia tanto en su génesis como a lo largo de su transmisión y múltiples traducciones no sólo no se opone al humanismo, sino que pertenece a la entraña misma del humanismo occidental. Atenas y Jerusalén no sólo no se oponen, sino que ambas son las raíces que nutren el árbol de nuestra cultura occidental. Un breve repaso a los principales hitos de la historia del texto bíblico, historia que se entrelaza con los momentos claves y constitutivos de lo que hoy llamamos Europa, así lo muestra.

Jerónimo, humanista y traductor de la Biblia

Si hay un hombre que aunó en su persona la herencia de la tradición clásica y bíblica éste fue Jerónimo, aquel *vir trilinguis* que tradujo sólo la Biblia hebrea al latín a finales del siglo IV. En su carta 22 *de virginitate servanda* a Eustoquio describe un típico sueño de angustia, una pesadilla, modelo literario y anticipo de una serie de tormentosos sueños medievales. Se encontraba en medio de la cuaresma en el desierto sirio de Calcidia (cerca de Antioquía), consumido por los ayunos, cuando de repente fue transportado ante un tribunal donde se le acusaba por su excesiva afición a los autores clásicos. Acababa de reconocer que cuando pasaba de Plauto a los profetas aborrecía su lenguaje rudo. El juez le pide que se

identifique y él responde que es cristiano. «Mientes», replica el juez, «eres ciceroniano y no cristiano, donde está tu tesoro allí está tu corazón». A pesar de sus súplicas el juez ordena que lo azoten y el reo recibe una colosal paliza hasta que jura que nunca más volverá a leer los códices profanos. Tan viva fue la experiencia onírica que al despertar confiesa que todavía se resentía de las magulladuras que los esbirros de aquel tribunal celestial le habían propinado. Este sueño fue un preludio de su juramento de dedicarse en adelante sólo a las Escrituras santas, lo que Adam Kamesar llama su «conversión» al hebreo.

Dicen los expertos que, como en tantos escritos de Jerónimo, el sueño es más expresión retórica que reflejo de la realidad. Pues a lo largo de su carrera —educado en Roma bajo la guía del excelente gramático Elio Donato— nunca hubo conflicto entre su dedicación a la Biblia y su dominio de la retórica y de los autores clásicos. A lo largo de su vida siguió usando los autores clásicos y se imaginaba a sí mismo como el Virgilio cristiano, mientras reconocía a Orígenes el papel del Homero de los cristianos. Es más, la llamada versión Vulgata no sólo traduce de nuevo la Biblia al latín, sino que en buena parte reescribe en un latín aceptable para los lectores cultos de su tiempo, dota de calidad estilística, las traducciones a veces balbucientes y primerizas de la *Vetus Latina*. Los humanistas del Renacimiento lo proponen como ideal del

sabio que logró la síntesis entre la Biblia y el legado de la cultura clásica.

También en los escritos de muchos Padres de la Iglesia aparece con frecuencia el llamado tópico de la «incapacidad, o falsa modestia» que consiste en comenzar sus homilías, comentarios bíblicos o tratados teológicos profesando que no van a utilizar el lenguaje hinchado de la antigua retórica, sino que recurrirán lenguaje sencillo y humilde de los pescadores (es decir, los apóstoles), para pasar, acto seguido, a utilizar todos los recursos retóricos de la época.

No voy a seguir el camino de los Padres, sino que proclamo desde el principio que la Biblia tanto en su génesis como a lo largo de su transmisión y múltiples traducciones no sólo no se opone al humanismo, sino que pertenece a la entraña misma del humanismo occidental. Atenas y Jerusalén no sólo no se oponen, sino que ambas son las raíces que nutren el árbol de nuestra cultura occidental. Intentaré mostrarlo con un breve repaso a los principales hitos de la historia del texto bíblico, historia que se entrelaza con los momentos claves y constitutivos de lo que hoy llamamos Europa.

La Biblia como literatura

Pero antes yo os invitaría de la mano del maestro L. A. Schökel, y siguiendo la intuición de Jerónimo, a descubrir la Biblia hebrea como literatura,

el arte narrativo, la poética bíblica a través de relatos o poesías bien conocidos, pero deteniéndonos a contemplar cómo cuentan los autores bíblicos las historias, si fuera posible en hebreo, para percibir la sonoridad del lenguaje (Jer 7,34)¹, los juegos de palabra empleados, las figuras etimológicas: el suspense en el diálogo de Isaac con Abrahán (Gén 22, 7: «Padre, tenemos fuego y leña, pero ¿dónde está el cordero para el holocausto?») o la astucia de Ehad, el zurdo, con Eglón (Jueces 3, 19: «¡Majestad! Tengo que comunicaros un mensaje secreto»), la poesía cósmica del salmo 8 (8,4: «Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas... ¿qué es el hombre...?»), la belleza poética y el material sonoro del canto de la viña (Isaías 5,1-7, especialmente v. 1: «Voy a cantar a mi amigo un canto de amor a su viña»), o del Cantar de los Cantares 2,15².

La Biblia nació como literatura escrita con grandeza literaria; es el mayor corpus de literatura y sabiduría del Antiguo Oriente que conservamos. Todos los géneros literarios están allí representados como en una biblioteca

¹ «Haré cesar en los pueblos de Judá y en las calles de Jerusalén *la voz alegre y la voz gozosa, la voz del novio y la voz de la novia*, porque el país será un desierto».

² Efectos sonoros reproducidos así por Schökel: «Agarradnos, las raposas, las raposas, pequeñitas, que destrozan, nuestras viñas, nuestras viñas, florecidas», en poesía situando cada palabra en un estilo.

condensada: relatos, invectivas, himnos, oráculos proféticos, salmos, elegías, lamentaciones, como expresión de los sentimientos más íntimos y perennes del ser humano: Job pleiteando con Dios, el lenguaje apocalíptico, el Cantar más bello, culmen de la lírica,

la biblioteca de Alejandría, en la primera mitad del siglo III a.C., llegó a reunir cientos de miles de rollos de papiro y siguió siendo durante mil años el principal vehículo por el que el legado intelectual del pasado se mantuvo vivo

en palabras de José María Blecua, e inspirador de otra joya poética, el Cántico espiritual de San Juan de la Cruz.

La septuaginta, primera traducción de la Biblia

Esta Biblia, que nació en el contexto académico de los escribas y sacerdotes en el ámbito del Palacio y el Templo, los únicos espacios que podían albergar las bibliotecas en el Oriente Antiguo, tuvo otro momento de esplendor cuando fue traducida por primera vez al griego en tiempos del rey Ptolomeo II Filadelfo (286-245) en la ciudad helenística de Alejandría. Y lo más importante es que esta traducción fue llevada a cabo por judíos bi-

lingües y cultivados, intelectuales en estrecho contacto con el movimiento cultural creado en torno a la mítica Biblioteca de Alejandría. Al «decir en griego las cosas judías», parafraseando la feliz expresión de Emanuel Levinas, y ser adoptada dicha traducción por el cristianismo como Biblia oficial, se llevó a cabo el principal trasvase de la sabiduría de Oriente a Occidente que tanto contribuiría a configurar nuestra propia cultura³.

El primer humanismo se fraguó en torno a la Biblioteca de Alejandría, el Museo, fundada por Ptolomeo I Lagos, uno de los generales de Alejandro Magno y uno de sus más fieles amigos. Éste quiso llevar a Egipto a Teofrasto, discípulo de Aristóteles (muerto en 322), pues sabía lo que había significado este filósofo griego para Alejandro. Pero sólo consiguió atraer al discípulo de Teofrasto, el peripatético Demetrio Falerón. También luchó por adquirir para Alejandría la primera biblioteca privada de la Antigüedad, la de Aristóteles. Pero nada se sabe con certeza de la parte de esta biblioteca que pasó a Alejandría.

Tolomeo I funda el Museo en torno al 306 a. C., primera institución que co-

³ En la tradición cristiana se consideró providencial la traducción de la Biblia al griego, por cuanto suponía la apertura de la revelación a las naciones y se convertía en una especie de *praeparatio evangelica*, para usar el término acuñado por Eusebio de Cesarea.

nocemos de carácter científico y religioso. Sus miembros, filólogos consagrados al servicio de las Musas, residían en el palacio real, en una situación de privilegio, presididos por un sacerdote nombrado por el rey. Eran científicos y hombres de letras, no filósofos, dedicados a la recuperación y transmisión del legado clásico, en especial Homero. Allí nació la Filología.

La biblioteca logró reunir pronto la mejor producción del mundo antiguo, los logros intelectuales de Mesopotamia y Egipto, de Persia, Grecia y Roma. En la primera mitad del siglo III a. C. llegó a reunir cientos de miles de rollos de papiro y siguió siendo durante mil años el principal vehículo por el que el legado intelectual del pasado se mantuvo vivo hasta la conquista árabe en el año 640 d. C. Tuvo al frente como directores a cinco de los más señalados filólogos de la Antigüedad: Zenódoto de Éfeso, Calímaco de Cirene, Eratóstenes de Cirene, Aristófanes de Bizancio y Aristarco de Samotracia. Una cadena viviente de personalidades alejandrinas, relacionadas por vínculos personales, los más jóvenes discípulos de las generaciones anteriores. Sólo hay un paralelo único en la historia, el del Renacimiento italiano de los siglos XIV-XV: cinco generaciones de Petrarca a Poliziano, cuyo amor y esfuerzo comunes dieron a la filología una nueva dignidad.

Pues bien, en este contexto académico y aúlico de la Alejandría tolemaica

surge la primera traducción de la Biblia, concretamente del Pentateuco, al griego. El origen y circunstancias de esta traducción están descritos en la famosa Carta de Aristeas, libro pseudoepigráfico, pero que refleja bien el clima intelectual de la corte de los Tolomeos y de la Biblioteca de Alejandría.

Hoy damos por supuesto que la Biblia tenía que ser traducida, pero entonces supuso un fenómeno sin precedentes que sólo fue posible porque concurren circunstancias también excepcionales: apoyo institucional de la monarquía tolemaica empeñada en reunir en la Biblioteca real todos los libros del mundo, una Biblioteca que era a la vez universidad y centro de investigación; el clima cultural de Alejandría y la competencia entre los distintos pueblos y etnias de la ciudad por lograr un espacio de prestigio frente a la arrolladora y dominante cultura griega; la infraestructura de la propia Biblioteca de Alejandría; el esplendor del judaísmo helenístico, y un equipo de traductores judíos, intelectuales bilingües, con una formación notable en ambas lenguas, el hebreo y el griego, unos escribas que no sólo actúan como traductores, sino como primeros *intérpretes* de la Ley judía.

Es más, dado que traducen de un texto consonántico que a modo de partitura musical admite en ocasiones, interpretaciones distintas, la labor de

estos sabios aparece como excepcional y eminente, digna del clima académico que aureolaba a la Biblioteca y comparable en cierto sentido con la labor filológica de los primeros editores de Homero y los trágicos griegos. Sin embargo, nada sabemos de sus nombres reales ni de su método de traducción salvo los detalles idealizados que transmite la mencionada Carta de Aristeas.

Con todo, el análisis de la lengua griega comparada con la de los papiros confirma que el Pentateuco fue traducido en la primera mitad del siglo III a. C. Su fidelidad al texto hebreo subyacente es notable como han demostrado palmariamente los recientes descubrimientos de Qumrán, cuando se apartan del *textus receptus* (o masorético) y apoyan la lectura de la Septuaginta.

Esta traducción es la perla del judaísmo helenístico, un judaísmo que brilló en todo su esplendor, sobre todo en el siglo II a. C., con una serie de historiadores y poetas que ensayan prácticamente todos los géneros literarios cultivados por los griegos, y en el siglo I d. C., con Filón de Alejandría. Un momento de apertura del judaísmo a la cultura clásica sólo comparable al período de la Haskalah y su apertura a la Ilustración europea en el siglo XVIII, con Moisés Mendelsson entre otros.

La Carta o Libro de Aristeas transforma las tradiciones históricas en torno

a la traducción en un mito fundacional para el judaísmo de la diáspora. Las representaciones mentales que inspiran la Carta en la segunda mitad del siglo II a. C. tienen la misma ideología que animó a los filólogos de la Biblioteca en la restauración del texto genuino de Homero. Algunos autores modernos como Tessa Rajak opi-

*el cristianismo, por contraste
con el judaísmo o el islam,
se convirtió en una religión
de traducción y a su vez
la Biblia griega fue traducida
muy pronto a las lenguas
autóctonas orientales y
occidentales en las que se
difundía la nueva fe*

nan que la traducción pasó a formar parte del depósito de la Biblioteca. Así lo ordena el rey en la Carta de Aristeas & 317, y varios autores cristianos (Tertuliano, Justino, Epifanio, Juan Crisóstomo) afirman que han visto una copia de la Biblia griega en la Biblioteca de Alejandría. Aunque ningún testimonio es definitivo porque depende de la credibilidad que concedamos a las fuentes antiguas. Y aunque ningún autor pagano la cita hasta el Pseudo-Longino, los autores judeo-helenísticos desde Demetrio el Cronógrafo (finales del siglo III a. C.) la conocen y usan.

La traducción de Septuaginta suplanta a la Biblia hebrea. El autor de la Carta recoge una tradición sobre la conexión de la traducción con la Biblioteca y el mecenazgo real y le da forma literaria imitando el paradigma del Éxodo. Equipara el acontecimiento de la traducción con el relato de la promulgación de la Ley en el Sinaí tal como se narra en el Éxodo: *a)* Tolomeo II es un faraón benevolente que libera a los esclavos judíos; *b)* los traductores, herederos del José bíblico (héroe del judaísmo helenístico en vez de Moisés), se convierten en sabios asesores del nuevo faraón; *c)* son setenta como los ancianos que acompañaron a Moisés hasta el Sinaí; *d)* es la historia del No-Éxodo porque no va a ser necesario; *e)* la nueva traducción va a ser promulgada en Alejandría (&& 308-311) y tiene la solemnidad de una nueva revelación (no se podrá añadir ni quitar nada, revisar o modificar, & 311).

Probablemente el principal motivo de la traducción haya que buscarlo en el prestigio cultural. Fue concebida para la Biblioteca real, aunque después se pudo usar para otros fines litúrgicos y pedagógicos. Y nace en el más alto nivel académico de la sociedad helenística.

Tras la versión del Pentateuco el proceso de traducción continuó a lo largo de cuatro siglos, primero los profetas anteriores y posteriores y a continuación los otros libros de la Biblia hebrea hasta el siglo I o II d. C. en que

probablemente fueron traducidos el Cantar de los Cantares y el Eclesiastés⁴. Es más, al ser adoptada la Septuaginta como Biblia oficial del cristianismo, fue compañera de la evangelización en Oriente y Occidente. El cristianismo, por contraste con el Judaísmo o el Islam, se convirtió en una religión de traducción y a su vez la Biblia griega fue traducida muy pronto a las lenguas autóctonas orientales (copto, armenio, georgiano, etiópico) y occidentales (latín, gótico, antiguo eslavo) en las que se difundía la nueva fe. En algunas de estas lenguas, como el gótico, el armenio o el antiguo eslavo, la traducción de la Biblia constituye el punto de partida para la creación del alfabeto y se identifica con el comienzo de la literatura en dichas lenguas, signo una vez más del encuentro entre la historia del humanismo y la historia del texto bíblico y de la recepción de la Biblia.

La Vulgata, segunda traducción de la Biblia

La otra traducción de la Biblia con solera, de enorme importancia para el humanismo occidental, es la que, con el tiempo, se llamaría Vulgata. A diferencia de la Septuaginta, es ésta una traducción de un solo autor, Jeróni-

mo, realizada en los últimos años del siglo IV y primeros del V (390-405). La traducción de Jerónimo, que a diferencia de la *Vetus Latina* tiene calidad estilística, se impondrá paulatinamente en Occidente y seguirá vigente a lo largo de la Edad Media hasta que a partir del siglo XVI se impusieron en el mundo protestante las traducciones vernáculas. En el ámbito católico seguirá vigente hasta mediados del siglo XX.

Se puede afirmar que la sociedad de la Edad Media vivía y respiraba al ritmo de la Vulgata. La Biblia latina impregnaba toda la vida cotidiana del ciudadano en la educación, la liturgia, la cultura, el derecho, la literatura, la política, el arte. La vida medieval giraba en torno a las catedrales y las catedrales en torno a la Biblia: los pórticos, los capiteles de los claustros, las vidrieras, los manuscritos bíblicos iluminados con miniaturas de indescriptible colorido. Las diversas ediciones de las Biblias historiadas y Biblias moralizadas; el curioso fenómeno de las Biblias encadenadas⁵, los

⁴ N. FERNÁNDEZ MARCOS, «The Other Septuagint: From the Letter of Aristeas to the Letter of Jeremiah», *JNSL* 28 (2002) 27-41.

⁵ ROST, *Die Bibel im Mittelalter*, 306-308. Dado el alto valor de muchas copias, los ejemplares permanecían accesibles en las bibliotecas, iglesias o lugares públicos, pero atados por una cadena que permitía la consulta y la lectura, pero dificultaba el robo. No quiere decir, como a veces se ha interpretado, que la Biblia estuviese «encadenada» para impedir su lectura antes de la llegada de Lutero. En Inglaterra ha pervivido esta costumbre, no sólo de la

grabados de Biblias en madera y metal, la *Biblia Pauperum*.

La Biblia latina fue durante la Edad Media la principal biblioteca de Occidente. En este aspecto los reinos de la España medieval no eran distintos del resto de Europa. Sin embargo, una serie de circunstancias históricas hacen que la transmisión de la Biblia en España tenga unas características singulares. Debido al aislamiento que produjeron los varios siglos de dominación árabe, la implantación de la Vulgata no se produjo hasta bien entrado el siglo VII. Y existe una familia de códices españoles de la Biblia latina con el texto de la Vulgata, pero que conserva en los márgenes abundantes glosas con lecturas de la *Vetus Latina*, serie de traducciones a partir del griego anteriores a la de Jerónimo. El ejemplo más emblemático lo tenemos en el *Codex Biblicus Legionensis* (Biblia visigótico-mozárabe) fechado en el año 960 y perteneciente a la Real Colegiata de San Isidoro de León.

Por otro lado hay que señalar las florecientes comunidades judías o aljamas en los reinos de Castilla, Aragón y Navarra. La presencia de judíos y conversos hacía que los cristianos estuviesen más atentos a la letra del texto cuando citaban la Biblia y que fueran conscientes de las diferencias

entre las distintas tradiciones textuales. Puede decirse que la Biblia unía a cristianos y judíos a la vez que los separaba. Compartían el mismo interés por un legado común, pero se distanciaban en la hermenéutica o interpretación de esos mismos textos.

El interés de gran parte de la alta nobleza o de algunos reyes como Alfonso X el Sabio (1252-84) y Juan II de Castilla (1406-53) por los textos bíblicos fue decisivo para el nacimiento en Castilla de un nuevo humanismo en torno a la Biblia. El influjo de los judíos españoles cristalizó en dos manifestaciones de este fenómeno cultural: *a*) la copia y transmisión cuidada de la Biblia hebrea que ha hecho proverbial la excelente calidad textual de los manuscritos españoles. Baste con mencionar entre los manuscritos iluminados de gran colorido la Biblia de Cervera (1300) y la Biblia de Kennicott (La Coruña, 1476), el manuscrito M1 de la Universidad Complutense o el G-II-8 de El Escorial, y *b*) las tempranas versiones de la Biblia a las lenguas vernáculas de la Península Ibérica, en especial al castellano, pero también al portugués, valenciano y catalán.

La mayoría de los manuscritos de las Biblias medievales romanceadas se encuentran en la Biblioteca de El Escorial, gracias a la sensibilidad y el esfuerzo de su primer bibliotecario Benito Arias Montano. De esta enor-

Biblia, sino de bibliotecas «encadenadas» prácticamente hasta nuestros días.

me riqueza manuscrita voy a fijarme en aquella traducción al castellano de la que estamos mejor informados, la Biblia de Alba. Sólo llegó a imprimirse entre 1919-1922 por iniciativa de su propietario, el Duque de Alba. Pero fue traducida entre 1422 y 1430 y disponemos de una información privilegiada sobre el proceso de traducción gracias a la correspondencia entre el cliente o destinatario cristiano, el traductor, un rabino judío, y otros miembros de órdenes monásticas (franciscanos y dominicos) que supervisaron la traducción.

Tanto por el texto como por las notas y las 343 miniaturas es un testimonio único de la colaboración entre judíos y cristianos en torno a la Biblia y de la exégesis judía en la Edad Media. No hay en este período una Biblia comparable a la de Alba. Los historiadores la consideran un monumento a la tolerancia en el reinado de Juan II de Castilla. La traducción fue encargada por Luis de Guzmán, Gran Maestre de la Orden de Calatrava y amigo íntimo de D. Álvaro de Luna, a Moses Arragel de Guadalajara, rabino de la judería de Maqueda, próxima a Toledo, y bajo la supervisión de Fray Arias de Enzinas, superior del convento franciscano de Toledo. Sometida a un escrutinio preliminar del dominico Juan de Zamora, de la Universidad de Salamanca, pasó después el del monasterio de los franciscanos de Toledo en una disputa pública a la que asistieron teólogos y

caballeros, judíos y musulmanes. A diferencia de otras Biblias romanceadas, contiene numerosas glosas y comentarios que circundan el texto bíblico. El Gran Maestre de Calatrava quería conocer las glosas de los maestros judíos modernos que no figuraban en la *Postilla literalis super totam Bibliam* (1322-1331) del franciscano normando Nicolás de Lyra.

En la Biblia de Alba confluyen por primera vez porciones enteras de exégesis judía sin apenas influjo del pensamiento cristiano, con ilustraciones de artistas cristianos, pero dirigidos e

*en el texto de la Vulgata,
que ahora se ponía en cuestión,
se basaba la teología,
la cultura, el derecho y la
política del mundo medieval*

inspirados por Moses Arragel. Éstas siguen unas veces modelos cristianos y otras modelos judíos (Dura Europos, sinagogas y mosaicos bizantinos, manuscritos medievales de Haggadot, etc.), porque en la Castilla medieval es muy difícil trazar una línea divisoria entre Iglesia y Sinagoga.

Los primeros interesados en la producción de estas versiones eran los judíos, pues muchos vivían de ellas.

Pero también una minoría de cristianos cuya lealtad a la Iglesia estaba fuera de toda duda: clérigos ilustrados y la alta nobleza. Nada se vuelve a saber de esta Biblia hasta que en los archivos de la Inquisición aparece confiscada en 1622. En 1624 el inquisidor general la donó al Conde Duque de Olivares, D. Gaspar de Guzmán, como descendiente de la familia del Maestre de Calatrava, y en 1688 pasa a la Casa de Alba, unida por enlace matrimonial a la Casa del Conde Duque.

El Humanismo: esplendor y crisis de la Vulgata

En una encuesta popular hecha por un periódico británico en 1999, se llegaba a la conclusión de que la persona que más había contribuido a la civilización en el segundo milenio había sido Johann Gutenberg (1400-1468), el inventor de la imprenta. Sin duda la imprenta revolucionó la cultura occidental y fue una pieza clave no sólo para la realización de los mejores logros del Humanismo renacentista, sino también para la difusión de la Reforma. Pues bien, la Biblia latina, la Vulgata, tuvo el privilegio de ser el primer libro impreso entre 1453 y 1455, en la ciudad alemana de Mainz: se trata de la llamada Biblia de 42 líneas. Se imprimieron alrededor de 180 ejemplares, en dos volúmenes, de los que aún se conservan unos 50. Pero a pesar de este puesto de honor re-

servado para la Vulgata, no tardarían en aparecer las primeras críticas a la traducción de Jerónimo de la mano de Lorenzo Valla y otros humanistas a finales del siglo XV. El programa renacentista de vuelta a las fuentes afectó no sólo a los autores clásicos, sino también a la Biblia. El componente bíblico del Humanismo, que algunos relacionan exclusivamente con la antigüedad clásica, es muy importante. La publicación del Nuevo Testamento de Erasmo, con el título innovador de *Novum Instrumentum* (Basilea, 1516), supuso una fuerte sacudida en Occidente, más que por el texto griego editado por la nueva traducción latina que acompañaba. Parecía que se tambaleaban los cimientos de la sociedad, puesto que en el texto de la Vulgata, que ahora se ponía en cuestión, se basaba la teología, la cultura, el derecho y la política del mundo medieval. La crisis de la Vulgata llevaba aparejada una crisis del pensamiento heredado.

La vuelta a las fuentes llevó al Renacimiento español a la cumbre del Humanismo con la publicación de las dos primeras Políglotas, la de Alcalá (1514-1517), promovida por el Cardenal Jiménez de Cisneros, y la de Amberes (1569-1573), dirigida por Benito Arias Montano. En ellas se vuelve a las lenguas originales, hebreo y arameo, para el Antiguo Testamento, griego para el Nuevo, como criterios de autenticidad. Pero Cisneros no se atreverá a suplantar la traducción de

Jerónimo con una nueva traducción latina, como le proponía Nebrija, por razones doctrinales no filológicas. El uso secular de la Vulgata en la tradición eclesiástica en cierto modo la había sacralizado. Cisneros la coloca en la columna central de la Políglota Complutense entre los textos hebreo y griego de Septuaginta, al igual que Cristo entre los dos ladrones, como dirá en el prólogo al lector, por ser la Vulgata símbolo de la Iglesia Romana la única que «se mantuvo siempre inmóvil en la verdad».

Pero la crisis de la Vulgata continuará y con la expansión de la Reforma la Biblia latina será pronto suplantada por las versiones vernáculas en los territorios protestantes de Alemania, Inglaterra y Francia. En el ámbito católico la Vulgata será sancionada y declarada auténtica en el Concilio de Trento (1546). La Reforma puso en marcha un programa de traducciones de la Biblia que contribuyó a consolidar el desarrollo de las lenguas vernáculas. La Biblia de Lutero (Wittenberg, 1534) tiene un puesto de honor en la historia de la lengua y literatura alemanas, y las nuevas traducciones al inglés y al francés también ocupan un lugar preeminente en la historia de sus respectivas literaturas.

La historia de las traducciones de la Biblia al español está por escribir, a pesar de ser uno de los temas de estudio más fascinantes que imaginar se puede, en palabras del hispanista

francés S. Berger⁶. Debido primero a la expulsión de los judíos en 1492 y más tarde al enfrentamiento de la política española con la Reforma, resulta que las dos primeras traducciones al español de la Biblia son Biblias del exilio, la Biblia de Ferrara para la Biblia hebrea (Antiguo o Primer Testamento) publicada en 1553, y la Biblia del Oso (Basilea 1569) traducida por Casiodoro de Reyna y que incluye el Antiguo y el Nuevo Testamento. Pero el humanismo bíblico de nuestro siglo de oro no sólo se manifiesta en las Políglotas y en las versiones al castellano, sino que engloba una exuberante literatura exegética esparcida en los comentarios bíblicos de nuestros clásicos de los siglos XVI y XVII.

El siglo XXI: una Biblia para el Humanismo

Paso por alto otro de los momentos más apasionantes para la historia del texto bíblico. La conmoción que acompañó en el siglo XIX al descubrimiento del Próximo Oriente y del mundo clásico por parte de las naciones occidentales. La búsqueda de los orígenes de la humanidad a través de las expediciones arqueológicas al Próximo Oriente y la recolección de manuscritos antiguos en los siglos XIX

⁶ N. FERNÁNDEZ MARCOS y E. FERNÁNDEZ TEJERO, *Biblia y Humanismo. Textos, talentos y controversias del siglo XVI español*, Madrid, FUE, 1997, p. 261.

y XX. En 1859, el mismo año que C. Darwin publicaba *El origen de las especies*, Konstantin von Tischendorf adquiría para la Biblioteca de San Petersburgo por encargo del zar Alejandro II el *Codex Sinaiticus* del Monasterio de Santa Catalina, fundado por Justiniano en 530 junto al monte santo del Sinaí. Desde entonces no han cesado los descubrimientos de manuscritos y papiros bíblicos hasta los más recientes de Qumrán o los escritos gnósticos de Nag-Hammadi.

Estos hallazgos han puesto de relieve que también el texto bíblico ha estado sometido a cierta evolución, desde el

*en toda esta larga travesía
a lo largo de los siglos no se
han encontrado variantes
significativas o falsificaciones
deliberadas como para hacer
tambalear la confianza del
pueblo en la Biblia en su
conjunto*

pluralismo textual en los siglos que precedieron al cambio de era hasta la fijación consonántica y más tarde vocálica de unos textos canónicos y normativos para el judaísmo y el cristianismo, e importantes también para la prehistoria del Islam. Asimismo han

puesto al descubierto que estos textos no se han transmitido en solitario, sino que siempre han estado acompañados de una literatura mucho más extensa que ha alimentado durante siglos las esperanzas y sueños de la humanidad: la literatura de los pueblos del Antiguo Oriente con la que la Biblia está emparentada y la literatura pseudoepigráfica y parabíblica que creció con exuberancia a la sombra de la Biblia.

Pero en toda esta larga travesía a lo largo de los siglos no se han encontrado variantes significativas o falsificaciones deliberadas como para hacer tambalear la confianza del pueblo en la Biblia en su conjunto. Y junto a los manuscritos, las tablillas cuneiformes. En 1872 el asiriólogo británico George Smith daba a conocer un descubrimiento espectacular. Entre los documentos procedentes de la biblioteca del palacio de los reyes asirios que se encontraban en el British Museum identificó un poema en escritura cuneiforme con una leyenda casi idéntica al relato dramático del diluvio en Génesis 6-9 y mucho más antigua que éste. Gracias en buena parte a la Biblia descubría Europa el Antiguo Oriente Próximo. Es la época de los cuatro volúmenes del leonés Ramiro Valbuena, *Egipto y Asiria resucitados*, Toledo, 1895-1901.

En el siglo II se preguntaba Tertuliano *Quid Athenis et Hierosolymis?* Pues bien, pienso que desde que se tradujo

la Biblia al griego en tiempos del rey Tolomeo II Filadelfo, Atenas forma parte de Jerusalén gracias a la traducción de la Biblia a la lengua común de entonces, el griego. La sociedad moderna occidental, religiosa o laica, no se puede entender sin la Biblia. En Alejandría comenzó el modelo del judaísmo moderno secular que incorpora los valores de Grecia y Occidente sobre todo a través de la Ilustración, la Haskalah. El declive imparable del conocimiento de las lenguas antiguas en las generaciones más jóvenes y la estrepitosa y ruinosa decadencia de la gran tradición cultural eclesiástica en las últimas décadas del siglo XX en el ámbito católico, sólo con el tiempo podrá ser compensada paradójicamente con la progresiva laicización y renacer de los estudios bíblicos en el ámbito académico. En la sociedad europea tan secularizada nunca ha sido la Biblia tan estudiada. Baste recordar la posición de la Biblia en los marcos académicos y planes de estudio de las universidades alemanas o del Reino Unido (Oxford, Cambridge, Londres, Manchester, Sheffield). Incluso la Francia laica desde comienzos del siglo XX se gloria ahora de haber introducido la Biblia en la Sorbona a través de *La Bible d'Alexandrie*, la traducción de la Biblia griega al francés dirigida por M. Harl.

La creciente secularización del siglo XX documenta más bien un crecimiento que una disminución del influjo de la Biblia como icono cultural

y como fuente de una imparable producción literaria. La Sagrada Escritura crece con sus lectores, dijo Gregorio Magno. Si esto lo podía decir con acierto al final de la Antigüedad tardía, hoy se hace más verdadero si cabe. La Biblia sigue siendo el libro más copiado y más impreso, el libro más traducido (a más de 2.300 lenguas de las cerca de 6.500 que se estima que existen en el mundo) y el libro más estudiado. Han aumentado exponencialmente los lectores y sobre todo han aumentado las *lecturas* de la Biblia, y los nuevos métodos de acercamiento a ella frente a las disciplinas clásicas de la exégesis.

Los estudios bíblicos en este nuevo renacimiento se han vuelto más públicos y más plurales, y se abren paso una serie de métodos contemporáneos de interpretación de la Biblia: lecturas postestructuralistas, semióticas, feministas, hermenéutica de la liberación, *reader-response criticism*, lecturas psicológicas y ecológicas, nuevo historicismo, lecturas postcoloniales. Una Biblia para el humanismo, santo y seña de nuestra cultura occidental, que sigue generando nuevas interpretaciones, el arca de Noé que nos salva del naufragio cultural. El gran código articulado en torno al éxodo y el decálogo, la sabiduría de Israel, el profetismo y las parábolas del evangelio.

Casiodoro comparaba el estudio de la Biblia con la escala de Jacob que unía

el cielo y la tierra (Gén 28,10-22), y Elie Wiesel, el Nobel judío, nos habla de los personajes bíblicos como mensajeros de Dios y modelos perennes del ser humano en la incierta travesía de nuestra azarosa existencia. Topamos con personajes bíblicos que, como Ulises o el Quijote, son paradigmas de la condición humana: Adán o el misterio de los orígenes, Isaac el superviviente, Jacob luchando con el ángel o la superación del conflicto, Job nuestro contemporáneo. Como intuyó J. Daniélou al describir los santos paganos del Antiguo Testamento, hay en estos personajes algo de la religión cósmica, son como sacerdotes de una liturgia cósmica, una liturgia del mundo que es común a todos los hombres.

La Biblia tiene cada vez más eco en el mundo académico y los motivos literarios presentes en ella (el éxodo y el viaje, la emigración, el bien y el mal, Caín y Abel o el primer genocidio, la amenaza apocalíptica) vuelven disfrazados a la literatura, el arte o el cine. Es la Biblia de todos los tiempos, como proclama el título de la serie francesa, que acompaña, y estoy seguro que acompañará, a la historia de la humanidad. Y en este marco y más allá del influjo perenne de este libro sagrado dentro del Judaísmo y del Cristianismo, pienso que un nuevo humanismo está surgiendo en torno a la riqueza y esplendor literarios de este legado bíblico en el que tal vez se encuentren plasmadas las mejores páginas sobre la condición humana. ■